

modidades al gobierno en la administración de las diferentes provincias cuyos idiomas ignoraba. Resolvióse, por tanto, sustituirles un idioma universal, el *Quichua*, el idioma de la corte, de la capital y del territorio adyacente, el mas rico y mas completo de los idiomas americanos. Enviábanse maestros á todas las ciudades y pueblos del país, para que instruyesen á todos, hasta á los de las clases mas humildes; y se les hacia saber al mismo tiempo que ninguno podria obtener empleos de dignidad ó provecho si no sabia hablar esta lengua. Los curacas y otros gefes que iban á residir á la capital, se familiarizaban con el dialecto en sus relaciones con la corte, y al volver á su país daban el ejemplo de hablarlo entre sí. Los que con ellos vivian imitaban este ejemplo, y el quichua llegaba á ser poco á poco el idioma de la moda y de la elegancia, así como afectaban hablar el frances normando los que á algo aspiraban en Inglaterra despues de la conquista. Por estos medios, mientras que cada provincia conservaba su dialecto peculiar, se establecia un excelente medio de comunicacion que hacia posible que los habitantes de una parte del país se entendiesen con los de las demas, y el Inca y sus representantes con todos. Tal era el estado de las cosas en esta parte cuando llegaron los españoles. Es preciso confesar que la historia nos presenta pocos ejemplos de una autoridad mas absoluta que la de una revolucion en el idioma de un imperio al disponerlo así el amo (1).

Poco menos notable era otro recurso de los Incas para afianzar la obediencia de sus súbditos. Cuando una parte de las recientes conquistas manifestaba un espíritu tenaz de oposicion y ódio, se solia obligar á una parte de la poblacion, por ejemplo á diez mil personas, á emigrar á un punto remoto del reino ocupado por vasallos de probada é indudable fidelidad. Un número igual de estos se trasplantaba al territorio que habian evacuado los emigrados; y por este cambio la poblacion se componia de dos distintas razas, que se miraban una á otra con un recelo que servia de freno poderoso á cualquier tendencia revolucionaria. Con el tiempo vencia la influencia de los leales, sostenidos, como lo estaban, por la autoridad real, y por la operacion silenciosa y lenta de las instituciones nacionales á que las razas estrañas se acostumbraban poco á poco. Poco á poco tambien empezaban á amar á su soberano, y antes que hubiese desaparecido una generacion, las diferentes tribus se mezclaban pacíficamente como individuos de la misma nacion (2). Sin embargo, seguian distinguiéndose las diversas razas por la diferencia del traje; ya que una ley del país mandaba á todo ciudadano que usase el traje de su provincia (3). Ni podia el colono, trasplantado con tan poca ceremonia, volver al distrito en que nació; porque en virtud de otra ley estaba mandado que nadie cambiase de punto de residencia sin permiso (4). Quedaba establecido para toda su vida. El gobierno peruano señalaba á cada hombre el lugar en

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. XXXV; lib. VII, cap. I.—Ondegardo, Rel. seg., MS.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. LV.

«Aun la criatura no hubiese dejado el pecho de su madre cuando le comenzasen á mostrar la lengua que habia de saber; y aunque al principio fue dificultoso, é muchos se pusieron en no querer deprender mas lenguas que las suyas propias, los reyes pudieron tanto que salieron con su intencion, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandado, y tan de veras se entendió en ello que en tiempo de pocos años se savia y usaba una lengua en mas de mil y doscientas leguas.» Ibid., capitulo XXI.

(2) Ondegardo, Rel. prim., MS.—Fernández, Hist. del Perú, parte II, lib. III, cap. XI.

(3) Segun el padre Acosta, los Incas creian que esta ley era de la mayor importancia para el órden y buen gobierno de la monarquia. Lib. VI, cap. XVI.

(4) Conq. y Pob. del Pirú, MS.

que habia de residir, la esfera de su accion, y hasta la naturaleza y calidad de esa accion misma. Dejaba de ser un agente libre; casi se podia decir que se le relevaba de toda responsabilidad personal.

Al aplicar este extraordinario sistema, los Incas cuidaban del bienestar y de la comodidad del colono en cuanto era compatible con la ejecucion de sus designios. Mandaban que los *mitimaes*, como llamaban á estos colonos, fuesen trasportados á los climas mas análogos al del lugar de su nacimiento. No se habia de llevar á los habitantes de países frios á las regiones cálidas ni *vice-versa* (5). Hasta se consultaban sus habituales ocupaciones, y se llevaba al pescador á las playas del Océano ó á las orillas de los grandes lagos; mientras que se adjudicaban al labrador las tierras mejor adaptadas al cultivo á que habia estado acostumbrado toda su vida (6). Y como muchos, quizás la mayor parte, consideraban la emigracion como una calamidad, el gobierno cuidaba de dar pruebas de un especial favor á los *mitimaes*, y les concedia varias inmunidades y privilegios que mejoraban su condicion, y los reconciliaban en lo posible con su suerte (7).

Aunque las instituciones del Perú hayan sido modificadas y maduradas bajo la influencia de los soberanos sucesivos, todas llevan el sello del mismo original, todas están vaciadas en el mismo molde. Ensanchándose y fortaleciéndose el imperio en cada época sucesiva de su historia, no era en sus últimos dias mas que el desarrollo en escala mayor de lo que era en miniatura en sus principios, así como se dice que el germen que encierra la bellota contiene dentro de sí mismo todas las ramificaciones del futuro monarca de los bosques. Parecia que cada Inca sucesivo no aspiraba á mas que á seguir los pasos y á ejecutar los planes de su predecesor. Las grandes empresas que uno acometia, las continuaba otro, y les daba cima el que venia despues. Así, mientras que todos obraban ajustándose al mismo plan, sin ninguno de esos movimientos escéntricos ó retrógrados que indican la direccion de individuos diferentes, el Estado parecia ser regido constantemente por una sola mano, y proseguia magistralmente, como si fuese al traves de un reinado largo y único, su gran carrera de civilizacion y conquista.

El objeto final de sus instituciones era la tranquilidad doméstica; pero parecia que no les era lícito alcanzarlo sino por medio de guerras exteriores. Tranquilidad en el centro de la monarquia y guerra en sus fronteras: tal era la condicion del Perú. Por medio de esta guerra daba ocupacion á una parte de sus habitantes; y conquistando y civilizando á las bárbaras naciones que lo rodeaban, daba seguridad á todos. El soberano Inca, por pacífico y benévolo que fuese en su administracion interior, en la exterior era siempre guerrero y mandaba sus ejércitos en persona. Cada reinado sucesivo veia estenderse mas las fronteras del imperio. Año tras año volvia el victorioso monarca cargado de despojos, y seguido por una multitud de gefes tributarios á la capital. Su recibimiento en ella se asemejaba al de un triunfo romano. La poblacion salia en masa á victorear á su soberano, vestida con los pintorescos trajes de las diferentes provincias, llevando banderas que agita-

(5) «Trasmutaban de las tales provincias la cantidad de gente que de ella parecia convenir que saliese, á los cuales mandaban pasar á poblar otra tierra del temple y manera de donde salian, si fria fria, si caliente caliente, en donde les daban tierras, y campos, y casas, tanto y mas como dejaron.» Sarmiento, Rel., MS., cap. XIX.

(6) Ondegardo, Rel. prim., MS.

(7) Aun existen, ó existian á fines del siglo pasado, estos *mitimaes* en Quito, segun Velasco, distinguiéndose con este nombre del resto de la poblacion. Historia de Quito, tomo I, p. 175.

CAPITULO III.

Religion del Perú.—Deidades.—Esplendor de los templos.—Solemnidades.—Virgenes del sol.—Casamientos.

Es un hecho muy notable que muchas, si no todas las tribus salvajes que habitaban el vasto continente americano, por desfiguradas que estuviesen en otros puntos sus creencias por pueriles supersticiones, habian llegado á la sublime concepcion de un gran espíritu, del Creador del universo, que, inmaterial en su propia naturaleza, no debia ser ultrajado con ninguna imagen visible, y que, ocupando todo el espacio, no podia circunscribirse á las paredes de un templo. Pero estas elevadas ideas, tan superiores á los alcances ordinarios de la inteligencia cuando no tienen guía, no parece que les inspiraron las consecuencias prácticas que era de esperar; y pocas son las naciones americanas que manifestaron interes en la conservacion de un culto religioso, ó que encontraron en su fé un poderoso estímulo de accion.

Pero con los progresos de la civilizacion, se desarrollaron gradualmente ideas mas análogas á las de naciones civilizadas; destináronse amplios medios, é instituyóse un órden separado para el servicio de la religion, en que se desplegaba un ceremonial minucioso y magnífico, digno de compararse en muchas cosas con el de las naciones mas cultas de la cristiandad. Esto sucedia entre las naciones que habitaban las llanuras elevadas de la América del Norte, y entre los naturales de Bogotá, Quito, Perú y las demas regiones elevadas del continente del Sur. Sucedia, sobre todo entre los peruanos, que atribuian un origen divino á los fundadores de su imperio, cuyas leyes todas descansaban en una sancion divina, y cuyas instituciones domésticas y guerras estrañas tenian por objeto conservar y propagar su fé. La religion era la base de su política, la condicion misma, por decirlo así, de su existencia social. El gobierno de los Incas, en sus principios esenciales, era una verdadera teocracia.

Sin embargo, aunque la religion formaba una parte tan importante de las instituciones políticas del pueblo, su mitología, esto es, las leyendas tradicionales con que afectaban explicar los misterios del universo, era escesivamente mezquina y pueril. Apenas hay una de sus tradiciones, con la escepcion de la tradicion magnífica relativa á los fundadores de la dinastía real, que merezca atencion, ó que arroje mucha luz sobre sus propias antigüedades, ó sobre la historia primitiva del hombre. Entre las tradiciones de importancia hay una del diluvio, que les era comun con tantas otras naciones en todas las partes del mundo, y que referian con algunas circunstancias que se parecen á las de una leyenda mejicana (2).

Mas atencion merecen sus ideas sobre el estado futuro de nuestro ser. Creian en la existencia del alma despues de esta vida, y unian á esto la creencia de la resurreccion del cuerpo. Señalaban dos lugares distintos de residencia para los buenos y para los malos, y fijaban este último en el centro de la tierra. Creian que los buenos estaban destinados á pasar una vida deliciosa de tranquilidad y comodidad, en que se encerraban sus mas elevadas ideas de la felicidad humana. Los malos tendrian que expiar sus críme-

(2) Referian que despues del diluvio siete personas salieron de una cueva en que se habian librado de la muerte, y que estas volvieron á poblar la tierra. Una de las tradiciones de los mejicanos atribuia su origen y el de las tribus aliadas á siete personas que tambien salieron de otras tantas cuevas en Aztlá. (Conf. Acosta, lib. VI, cap. XIX; lib. VII, cap. II.—Ondegardo, Rel. prim., MS.) Referen la historia del diluvio diferentes autores con muchas variantes, en algunas de las cuales no es difícil describir las tendencias imitadoras del convertido al cristianismo.

ban en el aire, y cubriendo de flores el suelo que iba á pisar el vencedor. El Inca, llevado en su silla de oro en hombros de sus nobles, se adelantaba en procesion solemne, bajo los arcos triunfales que cubrian la carrera, al gran templo del Sol. Allí, sin comitiva, porque á todos menos al soberano estaba vedada la entrada en el sagrado recinto, el victorioso príncipe, despojado de sus insignias reales, descalzo y con la mayor humildad, se acercaba al temido santuario, y ofrecia sus sacrificios y elevaba el tributo de su gratitud á la deidad gloriosa que presidia al destino de los Incas. Terminada esta ceremonia, toda la poblacion se entregaba á las diversiones; oíanse la música, y los gritos de alegría, y los bailes por todos los ángulos de la capital; y las iluminaciones y las hogueras celebraban la campaña victoriosa del Inca y la agregacion de un nuevo territorio al imperio (1).

En estos regocijos se descubre en gran parte el carácter religioso que tenian; en realidad todas las guerras de los peruanos estaban marcadas con el sello religioso. La vida del Inca era una larga cruzada para estender el culto del Sol, para desarraigar en las naciones bárbaras las supersticiones embrutecedoras, é imponerles los beneficios de un buen gobierno. Tal era, segun la frase favorita de nuestro siglo, la *mision* del Inca. Tambien fue la *mision* del Conquistador cristiano que invadió el imperio de ese mismo potentado indio. La historia decidirá cuál de los dos cumplió mas fielmente con los deberes de su mision.

Sin embargo, los monarcas peruanos no manifestaban una impaciencia pueril por adquirir territorio. Se detenian despues de una campaña y dejaban tiempo para que se afianzase una conquista antes de emprender otra. En este intervalo se ocupaban en la pacífica administracion de su reino, y en esos largos viajes que los ponian en contacto mas inmediato con su pueblo. Durante este tiempo tambien sus nuevos vasallos habian empezado á amoldarse á las estrañas instituciones de sus amos. Empezaban á conocer las verdaderas ventajas de un gobierno que los ponía al abrigo de los males físicos que consigo trae un estado de barbarie, que les aseguraba la proteccion de la persona, y una absoluta participacion de todos los privilegios de que disfrutaban sus conquistadores, y á medida que se familiarizaban mas con las instituciones peculiares del país, la costumbre, esa segunda naturaleza, los adheria á esas instituciones con una fuerza que estaba en razon de su misma peculiaridad. Así, por grados, sin violencia, creció el gran edificio del imperio peruano, compuesto de numerosas tribus independientes y aun enemigas unas de otras; tribus que á pesar de esto y bajo la influencia de una religion comun, del mismo idioma y del mismo gobierno, se convirtieron en una sola nacion, animada por un comun espíritu de amor á sus instituciones y de fidelidad absoluta á su soberano. ¡Qué contraste entre esta condicion y la de la monarquia azteca en el vecino continente, que, compuesta de los mismos materiales heterogéneos, sin principio alguno interior de cohesion, solo se mantenía unida por el terrible lazo de la fuerza! En las siguientes páginas veremos por qué la monarquia peruana no tuvo mejor suerte que su rival en su lucha con la civilizacion europea.

(1) Sarmiento, Relacion, MS., cap. LV.—Garcilasso, Com. Real, parte I, libro III, capitulo XI—XVII; libro VI, capitulo XVI.

nes por medio de un penoso trabajo que duraría siglos. Asociaban á estas ideas la creencia en un principio ó espíritu malo á quien daban el nombre de Cupay, que no trataban de hacer favorable por medio de sacrificios, y que parece no haber sido mas que una personificación oscura del pecado, que ejercía poca influencia en su conducta (1).

Esta creencia en la resurrección del cuerpo era la que los instigaba á conservar los cadáveres con tanto cuidado, y por un sistema sencillo que, muy diferente del embalsamamiento complicado de los egipcios, consistía en esponerlo á la acción del frío escesivamente seco y á la delgada atmósfera de las montañas (2). Como creían que las ocupaciones de la vida futura se asemejarían mucho á las de esta, enterraban á los nobles difuntos con una parte de sus vestidos, con sus utensilios y á veces con sus tesoros; y terminaban la triste ceremonia sacrificando á sus mujeres y á sus criados favoritos, para que lo acompañasen y sirviesen en las felices regiones colocadas mas allá de las nubes (3). Construían grandes montículos de tierra de una forma irregular, ó, lo que era mas comun, oblonga, atravesados por galerías que se cortaban en ángulos rectos, para enterrar á sus muertos, cuyos cuerpos secos ó momias han sido descubiertos en grandes cantidades, unas veces en pie, pero mas á menudo sentados en la postura comun á las tribus indias de ambos continentes. Tambien se han encontrado á veces tesoros de mucho valor en estos depósitos monumentales, que han estimulado á los especuladores á hacer escavaciones repetidas con la esperanza de alcanzar igual fortuna. Ha sido una lotería como la de buscar minas; pero los empresarios han experimentado mayores pérdidas en el primer caso que en el segundo (4).

Los peruanos, como otras muchas razas indias, reconocen un ser supremo, creador y señor del universo, á quien adoraban bajo los diferentes nombres de Pachacamac y Viracocha (5). No tenia este ser in-

(1) Ondegardo, Rel. seg., MS.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXXIII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. II, cap. II—VII.

Se puede suponer que los peruanos de educación, si así se les puede llamar, creían que la gente baja no tenia alma, segun lo poco que se nos dice sobre sus opiniones en cuanto á la condición de estos en la vida futura, mientras que se habla con mucha extensión sobre las esperanzas de las clases elevadas, que, segun creían, pasarían una vida análoga á la que disfrutaban en este mundo.

(2) Tal parece ser á lo menos la opinión de Garcilasso, aunque algunos autores hablan de materias resinosas y otras cosas que se usaban para embalsamar los cuerpos. El aspecto de las momias reales encontradas en el Cuzco, segun el testimonio tanto de Ondegardo como de Garcilasso, hace parecer probable que no se empleó sustancia alguna estraña para conservarlas.

(3) Ondegardo, Rel., seg., MS.

Este autor dice que se siguió esta costumbre aun despues de la conquista, y que él habia salvado la vida á mas de un criado favorito que habia implorado su protección cuando lo iban á sacrificar á los manes de su difunto amo. Ibid., ubi supra.

(4) Sin embargo, en muchos casos valia la pena hacer estas escavaciones sepulcrales. Sarmiento dice que á veces se enterraba con los señores indios una cantidad de oro equivalente á cien mil castellanos (Relacion, capitulo LVII), y Las Casas, aunque no es la mejor autoridad tratándose de números, dice que veinte años despues de la conquista se habian encontrado cerca de Trujillo sepulcros en que habia mas de medio millon de ducados. (Eubres, ed. par Llorente. Paris, 1822, tom. II, pág. 192.) El baron de Humboldt examinó el sepulcro de un príncipe peruano en la misma region del país, del cual habia sacado un español en 1576 una masa de oro que valia un millon de duros. Vues des Cordilleres, pág. 29.

(5) Pachacamac significa «aquel que sostiene ó da vida al universo.» El nombre de la gran deidad se espresaba algunas veces por los dos nombres de Pachacamac y Viracocha combinados. (Véase Balboa, Hist. del Perú, cap. VI.—Acosta, lib. VI, cap. XXI.) Un antiguo español descubre en el significado popular de Viracocha, «espuma del mar,» un argu-

visible mas que un solo templo, colocado en el valle que tomaba su nombre de la deidad misma y que está próximo á la ciudad española de Lima. Este templo habia existido allí desde antes que dominasen al país los Incas, y era el gran punto de reunion de los peregrinos indios que venian de los parajes mas remotos; circunstancia que parece indicar que el culto de este gran espíritu, aunque tolerado quizás por su flexible política, no fue establecido por los príncipes peruanos (6).

La deidad, cuyo culto inculcaban especialmente y que jamas dejaron de establecer en ningun punto en que penetraron sus ejércitos, era el Sol. El era el que de una manera especial presidia á los destinos del hombre, daba luz y calor á las naciones y vida al mundo vegetal; él era al que reverenciaban como padre de su régia dinastía, como fundador del imperio; á él pertenecian los templos que existian en todas las ciudades y en casi todos los pueblos del territorio peruano, mientras que en sus altares humeaban los holocaustos, forma de sacrificio peculiar á los peruanos entre las naciones semi-civilizadas del Nuevo Mundo (7).

Ademas del Sol, los Incas tenian otros varios objetos de culto, relacionados en cierto modo con esta deidad principal. Tales eran la luna, su esposa y hermana, las estrellas, reverenciadas como parte de su celeste comitiva, aunque la mas hermosa de todas, Venus, conocida de los peruanos bajo el nombre de Chasca, ó «el jóven de la larga cabellera rizada,» era adorada como paje del Sol, á quien acompaña tan de cerca cuando nace y cuando se oculta. Tambien dedicaban templos al trueno y al relámpago (8); en quienes reconocian los temibles ministros del Sol, y al arco-iris, que adoraban como una hermosa emanación de su gloriosa deidad (9).

Los súbditos del Inca colocaban ademas entre sus deidades subalternas varios objetos de la naturaleza, como los elementos, los vientos, la tierra, el aire,

mento para atribuir el origen de la civilización peruana á algun viajero del antiguo continente. Conquista y Población del Perú, MS.

(6) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., Rel., MS.—Sarmiento, MS., cap. XXVII.

Ulloa habla de las grandes ruinas de ladrillo que indican el sitio que ocupaba probablemente el templo de Pachacamac, y que prueban por su aspecto presente su antigua grandeza y esplendor. Mémoires Philosophiques, Historiques, Physiques (Paris, 1787), trad. fr., pág. 78.

(7) A lo menos así lo dice el Dr. M. Culloch, y no hay autoridad mas competente en materia de antigüedades peruanas. (Investigaciones, pág. 592.) ¿No pudo haber añadido naciones bárbaras tambien?

(8) El trueno, el relámpago y el rayo, se podian espresar en el idioma peruano con la palabra única de *illapa*. De aquí han tomado pie algunos españoles para creer que los indigenas tenian algun conocimiento de la Trinidad. «El diablo robó cuanto pudo» esclama Herrera con virtuosa indignación. (Historia General, dec. V, lib. IV., cap. V.) Garcilasso reprueba estas y otras presunciones aun mas aventuradas, como invenciones de los indios convertidos, deseos de halagar la imaginación de sus maestros cristianos. (Com. Real, parte I, lib. II, cap. V.—VI; lib. III, cap. XXI.) La impostura por una parte y la credulidad por otra, han producido una abundante cosecha de necesidades que han sido recogidas cuidadosamente por el piadoso anticuario de una generación posterior.

(9) Garcilasso dice que los cuerpos celestes eran reverenciados como cosas santas, pero no como objetos de culto. (Com. Real, parte I, lib. II, cap. I—XXIII.); pero Ondegardo lo contradice (Rel. seg., MS.), y no solo él sino casi todos los autores que he consultado. Véase Dec. de la Aud. Real, MS.—Herrera, Hist. General, dec. V, lib. IV., cap. IV.—Gomara, Hist. de las Ind., cap. CXXI. En cierto modo tambien se contradice Garcilasso diciendo que personificaban los indios estos objetos, como si fueran seres vivientes, y les dedicaban templos como á tales, con sus efigies delineadas en la misma forma que las del Sol en su templo. El esfuerzo que hace el historiador para circunscribir el culto de los Incas al Sol tan solamente, no es conciliable con lo que mas adelante dice sobre la adoración

las montañas y rios grandes, que les infundian ideas de sublimidad y de poder, y que segun ellos ejercian una influencia misteriosa en los destinos del hombre (1). Tambien abrigaban la creencia, parecida á la de algunas de las antiguas escuelas filosóficas, de que todos los objetos terrestres tenian su arquetipo ó idea, su madre, como lo espresaban enfáticamente, que consideraban sagrada, porque era, en cierto modo, su esencia espiritual (2). Pero su sistema lejos de ceñirse aun á estos multiplicados objetos de devoción, abrazaba en sus anchos pliegues las numerosas deidades de las naciones conquistadas, cuyas imágenes se trasportaban á la capital, donde las respectivas provincias pagaban los grandes gastos de su culto. Este era un rasgo notable de la política de los Incas, que así podian acomodar su religion á sus intereses (3).

Pero el culto del Sol constituía el cuidado peculiar de los Incas, y era el objeto de su prodigalidad. El mas antiguo de los muchos templos dedicados á esta divinidad, estaba situado en una de las islas del lago de Titicaca, de donde se decia que habian salido los régios fundadores de la dinastía peruana. Por esta circunstancia, este santuario era objeto de una veneración peculiar. Todo lo que le pertenecia, hasta los grandes campos de maiz que rodeaban el templo y formaban parte de sus propiedades, embebían cierto grado de su santidad. Su producto anual se distribuía entre los diferentes almacenes públicos, en pequeñas cantidades á cada uno, como cosa que santificaba los demas objetos depositados. ¡Feliz el hombre que podia obtener aunque no fuese mas que una mazorca de la cosecha sagrada para su propio granero (4)!

Sin embargo, el mas célebre de los templos peruanos, el orgullo de la capital, la maravilla del imperio, estaba en el Cuzco; y este, gracias á la munificencia de los soberanos sucesivos, se habia enriquecido tanto, que se le daba el nombre de *Coricancha*, ó el lugar del oro. Consistía en un edificio principal y varias capillas y edificios inferiores, que cubrian una gran extensión de terreno en el corazón de la ciudad, rodeados completamente por un muro que, lo mismo que los edificios, era todo de piedra. La fábrica era

que se tributaba á Pachacamac sobre todo, y á Rimac, que era el gran oráculo del pueblo bajo. La mitología peruana se parecia probablemente á la del Indostan, que subordinaba á dos, ó cuando mas tres deidades principales, tenia una multitud de otras inferiores á quienes la nacion tributaba culto religioso, como personificaciones de los diferentes objetos de la naturaleza.

(1) Ondegardo, Rel. seg., MS.

Estos objetos consagrados se llaman *huacas*, palabra de infinitas aplicaciones, pues que significa templo, sepulcro, cualquier objeto natural notable por su tamaño ó forma, en fin una série de significados sin limites, que por su sentido contrario han producido una confusión incalculable en los escritos de historiadores y viajeros.

(2) «La órden por donde fundaban sus huacas, que ellos llamaban á las idolatrias, era porque decian que todas criaba el Sol, i que les daba madre por madre, que mostraban á la tierra, porque decian que tenia madre, i tenianle hecho su culto i sus adoratorios; i el fuego decian que tambien tenia madre, i al maiz i á las otras sementeras, i á las ovejas i ganado decian que el vinagre della era la madre, i lo reverenciaban i llamaban mama agua madre del vinagre: i á cada cosa adoraban destas de su manera.» Conq. i Pob. el Perú, MS.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Así parece que lo consideraba el licenciado Ondegardo. «E los ídolos estaban en aquel *halpon* grande de la casa del Sol, y cada ídolo de estos tenia su servicio y gastos y mujeres; y en la casa del Sol se iban á hacer reverencia los que venian de su provincia, para lo cual é sacrificios que se hacian proveian de su misma tierra ordinaria é muy abundante por la misma órden que lo hacian quando estaba en la misma provincia, que daba gran autoridad á mi parecer, é aun fuerza á estos yngas que cierto me causó gran admiración.» Relacion seg., M. S.

(4) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. III, cap. XXV.

de la clase que hemos descrito ya al hablar de otros edificios públicos del país, y estaba tan bien edificada, que un español que lo vió en toda su gloria, nos asegura que solo podia recordar dos edificios en España que se pudieran comparar á él en lo que hace á la ejecución (5). Y sin embargo, este edificio robusto y en ciertas cosas magnífico, estaba techado con paja.

Lo interior del templo era lo mas digno de admiración. Era materialmente una mina de oro. En la pared que daba al occidente, estaba representada la imagen de la divinidad, que consistía en una cara humana rodeada de innumerables rayos de luz que emanaban de ella por todas partes, á la manera que suele personificarse ese mismo Sol entre nosotros. Esta figura estaba grabada en una plancha de oro macizo de dimensiones enormes, profusamente salpicada de esmeraldas y piedras preciosas (6). Se hallaba colocada de tal modo al frente de la gran puerta que miraba al Oriente, que los primeros rayos del Sol daban en ella al amanecer, iluminando toda la habitación con una refulgencia que parecia sobrenatural, y que reflejaban todos los adornos de oro con que paredes y techos estaban incrustados por todas partes. «El oro, segun el lenguaje figurado del pueblo, era las lágrimas que vertía el Sol (7),» y todo el templo en su parte interior resplandecía con bruñidas planchas y clavos del metal precioso. Las cornisas que rodeaban las paredes del santuario, eran del mismo costoso material; y una ancha faja ó friso de oro incrustado en la piedra rodeaba todo el edificio por su parte exterior. (8).

Junto á la estructura principal habia varias capillas de menor dimension. Una de ellas estaba consagrada á la luna, la deidad que mas se veneraba despues del Sol, como madre de los Incas. Su efigie estaba delineada lo mismo que la del Sol en una gran plancha que casi cubria uno de los lados del edificio. Pero esta plancha, así como todos los adornos de la capilla, era de plata, como convenia á la pálida y plateada luz del hermoso planeta. Habia tres capillas mas, una de las cuales estaba dedicada á la multitud de las estrellas, que formaban la brillante córte de la hermana del Sol; otra á los terribles ministros de su venganza, el trueno y el relámpago; y la tercera al arco iris, cuya curva brillante adornaba las paredes del edificio con colores casi tan brillantes como los del arco iris verdadero. Otros varios edificios ó habitaciones aisladas, servian de residencia á los numerosos

(5) «Tenia este templo en circuito mas de cuatrocientos pasos, todo cercado de una muralla fuerte, labrado todo el edificio de cantera muy excelente de fina piedra, muy bien puesta y asentada, y algunas piedras eran muy grandes y soberbias; no tenian mezcla de tierra ni cal, sino con el betun que ellos suelen hacer sus edificios; y están tan bien labradas estas piedras, que no se les parece mezcla ni juntura ninguna. En toda España no he visto cosa que pueda compararse á estas paredes y postura de piedra, sino á la torre que llaman la Calahorra, que está junto con la puente de Córdoba, y á una obra que vi en Toledo, cuando fui á presentar la primera parte de mi Crónica al príncipe D. Felipe.» Sarmiento, Relacion, MS, cap. XXIV.

(6) Conq. i Pob. del Perú, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. X, lib. XCII.—«La figura del Sol, muy grande, hecha de oro obrada, muy primorosamente engastada en muchas piedras ricas.» Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXIV.

(7) «Y al oro asimismo decian que era lágrimas que el Sol lloraba.» Conq. i Pob. del Perú, MS.

(8) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXIV.—Antig. y Monumentos del Perú, MS.

«Cercada junto á la techumbre de una plancha de oro de palmo i medio de ancho i lo mismo tenian por dentro en cada bohío ó casa i aposento.» (Conq. i Pob. del Perú, MS.) «Tenia una cita de planchas de oro, de anchor de mas de un palmo, ensalzadas en las piedras.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.